

El parque embrujado



Autores: Miriam Rodríguez Martínez.
Sara Rueda González.
Ruth Serrano Sánchez.
Alejandro Sobrino Muñoz.
Meryem Tabouhout.
Brian Villa Ruíz.
Noa Zurdo Robledo.
Luna Villarino Sampredo.

Curso: 5º B.

Centro: CEIP Los Arévacos.

Año: 2020-2021.

¡Feliz Día del Libro 2021!

Érase una vez un día del verano pasado en que nuestro grupo de 8 amigos, que nos llamábamos Miriam, Ruth, Luna, Sara, Noa, Alejandro, Brian y Meryem, estábamos jugando en el parque al fútbol y fuimos al quiosco de la señora Lulú a comprar algunas chucherías para el descanso del partido. Las chuches del quiosco de la señora Lulú estaban buenísimas, eran los mejores que habíamos probado en nuestras vidas.

Mientras hablábamos del campamento al que íbamos a ir al día siguiente, todo era una tarde normal: los padres en los bancos hablando y los niños en los columpios, en el tobogán jugando y en el quiosco de la señora Lulú comprando chuches.

Ya al día siguiente nos montamos en el autobús y emprendimos el viaje al campamento. Allí cada día nos lo pasábamos mejor, hacíamos de todo: hogueras, montábamos las tiendas de campaña, jugamos a un montón de juegos, buscamos leña, hasta cocinamos la cena. También por la noche el profesor tocaba la guitarra al lado de la hoguera. ¡Incluso vimos unos mapaches! Casi una semana después era hora de volver.

Al día siguiente volvimos al parque, pero ya no estaba como siempre. En una semana había cambiado, todo era lo más raro que habíamos visto en todas nuestras vidas. Los niños estaban sentados en los bancos sin jugar, sin gritar, sin estar alborotados. Nunca me habría imaginado que pasaría algo así.

Pero esto era aún más impresionante: estaban los padres jugando, gritando y super alborotados. Parecía que los niños y los padres se habían intercambiado los puestos. En fin, el mundo al revés.

Nos asustamos y preguntamos a algunos niños que conocíamos y parecían otros. Decían que ya no tenían edad para estar jugando. ¡Pero si hace dos días nosotros los habíamos visto jugando con sus amigos! Parecía que otras personas se habían metido en sus cuerpos.

Nos fuimos a la hierba a pensar en lo que podíamos hacer. La primera opción que teníamos era ir preguntando a la gente qué les pasaba. Decidimos empezar por los padres. Hicimos parejas de dos en dos para tardar menos y acabar antes.

Todos nos respondían lo mismo: “pero si nosotros hacemos lo mismo todos los días”; o también decían: “nosotros no estamos raros, somos así”. Esto parecía el misterio del cambio de vidas... Después de preguntar a todos los padres nos volvimos a reunir en el césped y seguíamos igual que estábamos. Era un caos total.

Ya estábamos desesperados, no sabíamos qué hacer y como ya era muy tarde decidimos irnos a nuestras casas y pensar qué podría estar pasando. Al día siguiente volvimos al parque y comentamos las ideas que se nos habían ocurrido, porque en ese momento teníamos la mente bloqueada y no podíamos pensar más. Nos despedimos y nos fuimos a nuestras casas.

Cuando salimos del parque todo volvía a la normalidad. Al día siguiente fuimos al parque y lo hablamos. No sabíamos qué pasaba. Pensábamos que los adultos eran alienígenas o zombis ¡A lo mejor los han hipnotizado! Lo que sabíamos es que sólo pasaba en el parque. Así que decidimos investigarlo.

Luego oyeron noticias de que en la última semana había habido muchos robos en la ciudad de joyerías y tiendas de antigüedades, todos ellos realizados de noche, y que los dueños y empleados estaban siendo investigados por la policía que no entendía cómo se habían podido realizar tantos robos en tan poco tiempo.

Pasamos horas en el parque vigilando y observando a los padres y los niños, e incluso fuimos al quiosco de la señora Lulú. Nos quedamos parados al ver que no estaba la señora Lulú, sino otra mujer con una sonrisa extraña.

- ¿Quién es usted? ¿Dónde está la señora Lulú? -le preguntamos.
- La pobre está enferma pero pronto estará bien. -contestó ella.

Le pedimos caramelos variados y ella nos respondió:

-Lo siento, como soy nueva no puedo venderos caramelos sin el consentimiento de vuestro padre. Decirles a vuestros padres que vengan y que os compren los caramelos.

Todo esto es muy extraño, pero a la vez algo natural: no se debe dar nada a los niños sin el consentimiento de los padres. Así que nos quedamos con las ganas y nos tuvimos que conformar con las meriendas que nuestras madres nos habían preparado ¡Qué aburrido!

Al final de la tarde teníamos más preguntas que respuestas. Lo único claro es que el mundo se estaba volviendo loco y a nosotros nos faltaba un tornillo porque no entendíamos nada de nada.

El Sol se fue poniendo y antes de volver a casa tomamos la decisión que en grupo de dos iríamos a las joyerías y tiendas de antigüedades a preguntar con la excusa de un trabajo escolar, así que nos repartimos los lugares donde se habían cometidos los robos y acordamos reunirnos a las doce del mediodía en la comisaría del barrio para con la misma excusa preguntarles a los policías que llevaban la investigación. Con un poco de suerte y nuestra cara tierna a lo mejor conseguíamos resorber este misterio antes de convertirnos nosotros mismos en zombis.

A las doce de la mañana ya estábamos rumbo a las joyerías, pero había algo raro. Los que estaban dando paseos eran los niños, algunos tenían hasta seis años. Vale, hay que admitirlo, esto es aún más raro a que los padres se comporten como los niños en el parque.

Llegamos a la joyería y bueno, pues imagínate lo que estábamos viendo... Dos niños de 12 años de pelo rubio y moreno con los uniformes de policías estaban en la puerta haciendo guardia, pero se durmieron enseguida. Entonces aprovechamos para entrar en la joyería y parecía un robo normal. Pero al oír unos pasos al lado de la joyería tuvimos que salir pitando para escondernos en los arbustos. Cuando nos escondimos bien nos asomamos entre las ramas para ver quiénes eran esas o esa persona que casi nos pilla, para nuestra sorpresa sí que era un ladrón, pero... ¿Un ladrón tan chiquitín como ese? No lo veíamos claro: eso, en serio, eso ¿es un ladrón?

Para su sorpresa no había nada que robar, así que se dio la vuelta y salió corriendo por donde había venido. Aquella noche nos sorprendimos

bastante. Le seguimos los pasos hasta donde vivía y tan sigilosos como pudimos entramos en su casa.

Buscamos pruebas, y entonces encontramos una bolsa en la mesa del salón que era de un quiosco. Eran unas chuches muy raras. Parte del grupo estaba abajo por si viniera alguien que nos avisaran por los walkie-talkie. De repente empezó a sonar uno de los walkie-talkie y salimos por la puerta lo más rápido posible.

Cuando llegamos a tierra firme (más bien dicho en arbustos firmes), saqué de la mochila la única muestra que habíamos encontrado hasta el momento: “LAS CHUCHEEEES”.

Ya en las hierbas del parque estuvimos observando la bolsa y las chuches nos sonaban familiares, pero no llegábamos a averiguarlo. De pronto me miraron todos con cara de *te has tirado un pedo*. Luna señaló detrás de mí y yo me giré: ¡tenía detrás a Doña Lulú!

–¿Cuándo habéis comprado mis chuches? –dijo ella.

Nosotros no teníamos ni pizca de idea de que esas chuches eran suyas.

–Nos las compraron antes de ayer nuestros padres. ¿No te acuerdas? –dijimos disimulando. Doña Lulú nos dio la razón y se fue al quiosco.

No teníamos palabras, ¿era Doña Lulú quien había envenenado a todos los del parque? Una cosa era clara: teníamos que entrar dentro del quiosco. Pero Alejandro ya había pensado eso antes.

–Mientras vosotros estabais “distrayendo” a Lulú yo le he quitado las llaves de la puerta del quiosco, así que ahora no lo podrá cerrar. –dijo Alejandro.

Cuando Lulú se fue, aprovechamos para meternos en el quiosco. Pero para nuestra sorpresa la puerta estaba cerrada, y al abrirla nos quedamos con la boca abierta. ¡Era una trampa! ¡Doña Lulú sabía que entraríamos allí! Caímos por una trampilla y parecía que nunca íbamos a tocar el suelo, pero de repente tocamos suelo. Estábamos en un scape room... ¡pero de verdad, y corríamos grave peligro!

Allí estábamos los ocho, en el scape room, corriendo un gran peligro. O eso era lo que pensábamos.

Después de mucho buscar, en la mochila de Ruth apareció una linterna. Brian la cogió y empezó a buscar una salida. De repente lo vimos, había una puerta. ¡Qué suerte! ¡Se abría sin dificultad!

Apareció un túnel y todos corrimos por él. Corríamos más veloces que los guepardos pensando que venía detrás de nosotros Doña Lulú. El túnel nos condujo a un piso de la avenida Emilio Romero y cuál fue nuestra sorpresa al ver sacosssssss y sacosssss de CHUCHESSSSSSSSSSSS, las chuches de Doña Lulú. Nos quedamos todos mudos (aunque no es que habláramos mucho del miedo que teníamos, la verdad) al ver aquello allí.

No entendíamos nada. ¿Qué hacían allí las chuches de Doña Lulú? ¿Para qué querían tantas chuches? Y, sobre todo, ¿qué era un líquido verde que había allí?

De repente Ruth empezó a coger chuches y a meterlas en su mochila, y todos nos mirábamos con cara de sorpresa. Al ver eso también cogimos un poco de líquido verde. Teníamos que analizar esas sustancias para ver qué eran en realidad y comprobar si eran las mismas chuches que tenía Ruth en su poder.

El tiempo pasaba y teníamos que salir de allí rápidamente, corríamos un gran peligro. No sabíamos cómo salir, pero a Noa se le ocurrió una idea: saltar por la ventana.

–¡Sí, claro! –dijimos todos. ¿Cómo?

El tiempo jugaba en contra de nosotros y de repente a Meryem se le ocurrió una de sus ideas disparatadas: coger todas las sabanas que había allí, hacerlas nudos y saltar por la ventana.

Era una idea muy peligrosa, pero teníamos que irnos de allí. Así lo hicimos y cuando nos disponíamos a irnos escuchamos voces fuera, alguien iba a entrar. Teníamos que salir de allí pitando... Empezamos a bajar todos por las ventanas agarrados a las sabanas. Las voces se oían cada vez más cerca.

Teníamos que salir de allí a toda prisa o de lo contrario nos encontrarían y eso podía ser muy peligroso. De repente una de las sábanas se desató...

Y de repente Brian casi se cayó. Ruth cogió rápidamente la sábana y gritó:

– ¡Corred, ayudadme a bajar a Brian!

Cuando le bajamos, fuimos corriendo al quiosco de la señora Lulú a pedir unas patatas y chuches. Nos fuimos a la hierba a comer y a descansar de la gran aventura que habíamos tenido .Y entonces Luna se comió una de las patatas, que estaban verdes, y empezaron a salirle granos pequeños.

Gritamos todos como locos. Noa corrió al quiosco de la señora Lulú acompañada de Miriam y Meryem.

– ¿Que le has hecho a las patatas?

– Estaban envenenadas –respondió la señora Lulú. Tomad este líquido y se le quitará.

Cuando Luna se bebió el líquido se le quitaron los granos. Cuando comimos habíamos hecho parejas para investigar el parque: Meryem y Ruth investigaron los dos céspedes; Brian y Alejandro los columpios y los toboganes; Noa y Miriam la zona del quiosco de la señora Lulú; y Luna y Sara las zonas que faltaban.

Mirian y Noa encontraron en el quiosco de la señora Lulú unas cosas de veneno de chuches y patatas. Meryem y Ruth una droga de chuches y patatas en un árbol. Los demás seguían buscando, pero no encontraron nada hasta que, de repente, encontraron todos una carta de la señora Lulú y ponía en grande...

“LO SIENTO, CHICOS, PERO ME SIENTO MAL POR HACER ESTO. Tenéis que continuar así de valientes para encontrar la poción, yo no os voy a poder ayudar. En el parque están todas las respuestas que buscáis. Os tenéis que dar mucha prisa, el tiempo se acaba y ya no podréis hacer nada. Abrid bien los ojos, pues las pistas las tenéis muy

cerca. Mirad en todos los lados por muy insignificante que os parezca, en los columpios, toboganes, árboles, en la arena, el césped... Cualquiera lugar, ahí están las respuestas.

Yo quisiera volver a ser buena, pero una bruja me hechizó por no querer ayudarla. Encontraréis muchas pociones. ¡Ojalá encontréis la que rompe mi hechizo!

Esta carta sé que os va a extrañar muchísimo y que vais a dudar y no me vais a creer. Buscad donde os he dicho, pero daros prisa, el tiempo se acaba para todos y el final, si no, será terrible.

Tened cuidado pues las cosas no se os harán nada fáciles. La otra bruja os vigila, no os lo pondrá nada fácil. No la creáis nada, es muy astuta para mentiros. Cuidaros mucho. Sé que lo vais a conseguir.

Doña Lulú”

– ¡Vaya, pobre Doña Lulú! –dijo Miriam. Tendremos que ayudarla, ¿no, chicos?

– Venga, no perdamos más el tiempo y pongámonos en marcha o el tiempo se nos acabará. –asentimos todos. Tenemos que planear bien lo que vamos a hacer y tener todos mucho cuidado con la otra bruja.

Nos pusimos en marcha y todos pensábamos hasta que Luna nos arreó un susto de muerte.

– ¡Ya lo tengo, ya lo tengo! –chilló de repente. ¡Si encontramos a Doña Lulú y deshacemos el hechizo resolveremos el misterio! –dijo.

–¡Vamos a organizarnos! –dijo Ruth.

Todos empezamos a buscar otra vez por el parque. Mirábamos todo con mil ojos. De repente Sara vio un trozo de tela que salía de una alcantarilla. ¡Parecía la blusa de lunares de doña Lulú! Entre todos levantamos la tapa y oímos ruidos extraños. Nos colamos por la alcantarilla y seguimos un pasillo que parecía el del scape-room. Veíamos claridad y cada vez oíamos los ruidos más cerca.

Allí estaba doña Lulú. Estaba atada y tenía la boca tapada con un pañuelo. Sus ojos no se estaban quietos, nos miraba como si no nos conociera. Le destapamos la boca y empezó a chillar. Parecía endemoniada, nos daba miedo. No parecía la doña Lulú que nos atendía de forma cariñosa en su quiosco.

Imaginamos que estaba hechizada. Teníamos el líquido verde que cogimos en la casa de la avenida Emilio Romero. A Alejandro se le ocurrió la idea de dar a doña Lulú un poco de ese líquido verde. ¿Qué podía pasar? Si era una poción mala no le haría nada porque ya estaba hechizada, pero si era buena podría ser el antídoto para salvar a doña Lulú.

Conseguimos que bebiera un poco. Se quedó un poco dormida y cuando se despertó nos preguntó: ¿Qué ha pasado? ¿Dónde estamos? ¿Qué hacemos aquí? Todavía estaba un poco atontada. Empezamos a hablar todos a la vez.

–De uno en uno, por favor –dijo doña Lulú.

Le explicamos de uno en uno que llevábamos unos cuantos días viendo cosas raras en el parque, que los adultos y los niños se comportaban de manera MUY extraña y además había muchos robos en los comercios del pueblo. También le hablamos de la mujer extraña que veíamos por su quiosco. Doña Lulú puso cara de sorpresa y dijo:

– ¡Estoy empezando a recordar! La mujer de la que me estáis hablando es una bruja y me propuso ayudarla a saquear todo el pueblo. Como le dije que no, me hechizó.

A medida que pasaban los días, todo iba volviendo a la normalidad. El personal del centro médico iba por las casas administrando el antídoto. El famoso líquido verde no resultó ser otra cosa que zumo de espinacas y brócoli.

La bruja debió pensar que nadie se bebería un zumo tan raro queriendo o porque sí y que para cuando encontraran la cura ella ya estaría muy lejos y repleta de riquezas, o que podría seguir robando allá donde se le antojase. Pero la policía la detuvo antes de llegar a Ávila.

Y, así, todos aprendieron que la comida sana les salvó.

FIN